

LA NOVELA
CINEMATOGRAFICA SEMANAL
MODERNA



NO

610

25
cts

VANDA GREVILLE

GEORGES COLLIN

EL TREN DE LOS SUICIDAS

LA NOVELA
SEMANAL CINEMATOGRAFICA
MODERNA
EDICIONES BISTAGNE

DIRECCIÓN: Francisco - Mario Bistagne
Pasaje de la Paz, 10 bis -:- Teléfono 18551

AÑO XI BARCELONA N.º 610

LE TRAIN DES SUICIDES
EL TREN DE LOS SUICIDAS

Originalísimo asunto, interpretado por
VANDA GREVILLE, GEORGES COLLIN,
ROBERT VIDALIN, PITONTO

PRODUCCIÓN METROPOLE

Dirigida por
Edmond T. Greville

Exclusiva de
SELECCIONES FILMÓFONO
Callao, 4.—MADRID
Rosellón, 238.—BARCELONA

Con esta novela se regala la postal - fotografía de
MINNA GOMBELL

ARMAS AL
SOTERRANEO FABRICA

A MEDIDA

DE SUS NECESIDADES

ARMAS AL SOTERRANEO FABRICA
A MEDIDA DE SUS NECESIDADES

ARMAS AL SOTERRANEO FABRICA
A MEDIDA DE SUS NECESIDADES

Prohibida la
reproducción

ARMAS AL SOTERRANEO FABRICA
A MEDIDA DE SUS NECESIDADES

ARMAS AL SOTERRANEO FABRICA
A MEDIDA DE SUS NECESIDADES

ARMAS AL SOTERRANEO FABRICA
A MEDIDA DE SUS NECESIDADES

ARMAS AL SOTERRANEO FABRICA
A MEDIDA DE SUS NECESIDADES

ARMAS AL SOTERRANEO FABRICA
A MEDIDA DE SUS NECESIDADES

ARMAS AL SOTERRANEO FABRICA
A MEDIDA DE SUS NECESIDADES

Imprenta Industrial - Arribau, 185 - Teléfono 76607 - Barcelona



salido al de sufrir un accidente, se subió a un trío de la misma noche. Los tres con ropa para un viaje nocturno, y el

seguiría a su destino. La noche pasó sin accidente, y el trío llegó a su destino sin problemas. Pero al amanecer, el

EL TREN DE LOS SUICIDAS

La noche pasó sin accidente, y el trío llegó a su destino sin problemas. Pero al amanecer, el

Argumento de la película

Los periódicos de la capital publicaban el siguiente anuncio:

¡Desesperados! No os suicidéis sin consultar antes al doctor Josuah Brown.

25, New Granville Gardens. N. Y.

Una bella muchacha, cansada de vivir, se disponía a tirarse desde el puente de Brooklyn, cuando quiso el destino que una racha de viento le pusiera un periódico en las manos, doblado previamente por la página del anuncio del famoso doctor. Vaciló unos instantes la joven acerca de la determinación a tomar y luego se encamino hacia Granville Gardens, dispuesta a ponerse en manos de aquél sabio original,

También aquella misma tarde, un caballero, bien vestido y sonriente, entraba en la oficina del doctor, situada en lo alto de un rascacielos.

En el recibidor había un gran cartel que explicaba:

Sociedad de Suicidios Voluntarios. ¡Desesperados! ¡Incurables! ¡Cansados de vivir! Todos los que quieran acabar con su existencia, deben consultar al doctor Josuah Brown, que les procurará el medio más rápido y seguro de satisfacer su deseo. Precio fijo, 10.000 dólares.

Se sonrió picarescamente y avanzó hacia el contiguo despacho, donde una muchacha y un joven, dependientes de la casa, estaban bailando al son de una alegre música.

Al verle pararon en seco y la joven, que era muy desenvuelta, le explicó:

—Perdone usted... Estábamos ensayando los discos del próximo convoy...

—Bien... bien... No han de contarme nada...

—¿Está el señor Josuah Brown?

—Está presidiendo el Consejo de Administración de la S. D. S. V.

—Sociedad de Suicidios Voluntarios. Ya lo he leído.

—En este momento se halla hablando a sus accionistas y su discurso se transmite por radio a toda América.

—¡Qué extraño aspecto debe ofrecer ese Consejo de Administración!

—Si quiere usted ofrle puedo poner el altavoz...

—Con mucho gusto.

La empleada estableció comunicación con el lugar donde se celebraba la conferencia, y pronto se oyó la voz clara y potente del original señor Brown.

—¿Qué es la vida, señores?... Un viaje. ¿Y la muerte?... ¡Ah, la muerte!... La llegada a la estación final. Nosotros ofrecemos a los desesperados de la vida, un lujoso tren que camina hacia la muerte durante un plazo ignorado. En cualquier momento sobrevendrá la catástrofe... Morir sin dolor, sin miedo, sin sentir los pasos de la Pálida... Nada de pistolas, señores, nada de abrir el gas y otras incomodidades. Basta tomar un billete para este viaje maravilloso y morir de verdad, sin molestias... Nuestro ideal es filantrópico y estamos seguros de prestar un gran servicio a la humanidad...

Una gran salva de aplausos coronó estas palabras. La empleada le preguntó:

—¿Qué le parece?

—¡Magnífico!—contestó con alegre sonrisa—.

—A qué hora sale ese rápido para el Infinito?

—Mañana al amanecer.

—Bien. Me inscribo. Juan Smith.

—Pero, ¿usted es un suicida?... No tiene el aspecto.

—Al menos pienso tomar billete.

—Debería usted volver más tarde, cuando se hallase el señor Brown.

—Dentro de dos horas volveré.

Y el señor Smith, a las dos horas volvía a hallarse en la oficina donde habló con el doctor Brown, hombre que más que médico famoso tenía el aspecto de un comerciante hábil y dinámico.

A su pretensión de ir en el tren de los suicidas, contestó, inclinando la cabeza:

—Lo siento, pero ya no quedan plazas.

—Sí, hay plazas, porque un cliente no va y yo ocupo su lugar... Tenga el cheque de diez mil dólares.

—En este caso, aceptado. El tren saldrá mañana a primera hora, desde mi finca, en el Hudson, a la que llamo "Villa Final".

—Muy propio. No me olvidaré.

En aquel momento entraron un hombre y una mujer de aspecto menestral, y de mediada edad, que se miraban con profundo amor.

—¿Qué desean?

—Venimos a inscribirnos — dijo él, con voz temblorosa.

—¿Motivos de su decisión?

—¡Oh, nos amamos!

Y se abrazaron y besaron ridículamente.

—Pues no hay sitio en el primer tren.

—No importa. Una hora de más o de menos en la luna de miel...

El doctor Brown se echó a reír.

—Deben ustedes estar equivocados, señores. La oficina de casamientos es en el piso de arriba. Esto es para los que se quieren suicidar...

—¿Suicidar?

Y los dos tórtolos que ansiaban arreglar las cosas para casarse, huyeron horrorizados de su equivocación.

Smith se despidió del doctor hasta la mañana siguiente.

—Pero, en serio, ¿quiere usted morir? —le preguntó Brown, viendo su aspecto juvenil, saludable, optimista—. ¿Por qué?

Smith sonrió, y abriendo la puerta contestó, suavemente:

—Por curiosidad.

A primera hora de la mañana siguiente los viajeros de aquel macabro tren aguardaban en una de las salas de la estación de "Villa Final", estancia lúgubre y triste.

Era el momento de formalizar el pago de los billetes, y el señor Brown, detrás de una casilla, iba llamándoles a todos.

Sentados alrededor había varias personas, hombres y mujeres, en cuyos ojos se adivinaba el sufrimiento, el ansia terminante de acabar una existencia pesada.

—No lo hago por ganar dinero, señores—indicó Brown—. Espero que la humanidad me considere como un bienhechor, por haber resuelto el problema del suicidio... Firmen el contrato de viaje y abonen su importe... ¿Miss Betty Gold?

Avanzó hacia la taquilla una hermosa mujer rubia, que firmó el contrato y pagó religiosamente los diez mil dólares, sin decir una sola palabra.

—¿Miss Lily Bonzo?

Se acercó una morena triste, en cuyo mirar se denotaba la huella del hastío. Llevaba un perro bajo el brazo, y el doctor Brown tuvo que advertirla:

—No se admiten perros, señora.

—Este no es un perro cualquiera. ¡Ha pertenecido a Greta Garbo!

—Entonces, cinco mil dólares más.

—No me importa.

Pagó su billete y el del animal y volvió a su sitio a esperar la hora de salida.

—¿Ezequías Flypper?

A continuación avanzó un pastor protestante, de expresión medio alocada, misteriosa.

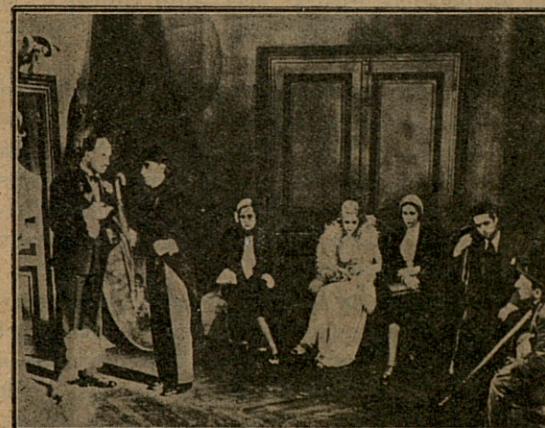
—Sí, yo soy—exclamó—. Soy el presidente de la Sociedad de abstemios de Boston... Ocho años sin probar el whiskey.

—En el tren de los suicidas no rige la ley seca, señor.

—Pero...

—Sí, todos los sermones contra el vino, no valen nada ante un buen cocktail...

Después firmaron los clowns Pussy y Nobody, una pareja desigual; el primero un verdadero gigante; el otro, pequeño y débil. Pagaron el billete. No sabían firmar; el segundo hizo una



—Soy el presidente de la sociedad de abstemios...

cruz, el otro con la pluma lanzó un pequeño borrón de tinta.

Se inscribió también un matrimonio, los señores Crackett, reyes del estafón, que temblaron al estampar su nombre en el contrato. Parecían

los dos abrumados bajo el peso de una gran preocupación, o de un extraño misterio.

El último en firmar fué John Sparks, un muchacho de aspecto macilento, que se apoyaba dificultosamente en unas muletas.

—Faltan aún tres de los viajeros inscritos, pero no podemos esperar más—dijo Brown—. Si acaso, ya les encontraremos en el tren... ¡Ahora en marcha!

Y a los acordes de un himno fúnebre, salieron todos lentamente hacia el tren, detenido enfrente de aquella original estación. Una locomotora potente y dos vagones herméticamente cerrados y privados de toda ventanilla. Unos cipreses ponían nueva tristeza al cuadro. Había tumbas y calaveras alrededor.

Sin alterarse en lo más mínimo, llegaron todos al tren. El señor Smith apareció en aquel momento, y su sonrisa siempre optimista, era la nota original y chocante entre aquel mundo de desgraciados. Fueron subiendo todos al vagón, en el que las paredes eran de acero y había un bar con toda clase de licores y una radio, y libros para entretener el viaje hacia lo eterno.

En el vagón habían subido hacia poco un joven y una muchacha. El era un muchacho elegante, señoril; ella una criatura bellísima.

—Creí que no vendrían ustedes—dijo Brown.

—Nunca faltó a mi palabra—dijo el mozo, mientras ella hacía con la cabeza idéntica afirmación.

La joven, llamada Mary, se sentó en un rincón, y a su lado se instaló el elegante aristócrata, que vestía de etiqueta y que se llamaba Fergusson.

—Perdone, señorita—le dijo él con amabilidad—. ¡Tan joven! ¿Usted conoce el destino de este tren?

—Sí... Y deseo que lleguemos lo antes posible.

—¡Me parece imposible! ¡Una muchacha tan bella!

Ella no respondió y Fergusson quedó contemplándola con interés.

Smith iba de un lado a otro, dando vueltas con su bastón, y sonriendo de todo aquel aparato macabro. El pastor Flypper se había instalado ante el mostrador y comenzaba a destapar botellas con una voluptuosidad de maníatico.

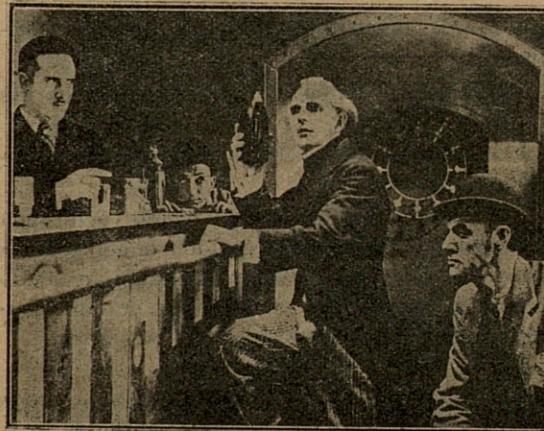
Brown, sonriente, habló:

—Señoras y señores: Como verán, este vagón contiene todo lo necesario para hacer la vida agradable. Bar, radio, etc... La suspensión es perfecta y el movimiento nulo. Ha costado trescientos mil dólares. El maquinista es un as de su oficio y pienso que deberían entregarle todas las joyas y el dinero para que pueda dejarlas a su pobre familia. A ustedes, dentro de poco, no han de servirles ya para nada.

Y empezó a recojer las alhajas que los viajeros le entregaron con la melancolía del que

todo lo perdió... Los clowns no le pudieron entregar ni una cadena, pues nada tenían...

—En cambio—exclamó el más bajito, que era un tipo de cómica catadura—, puedo decirle un chiste... ¿En qué se diferencia una mariposa de una calabaza?



—Yo... beberé a su salud.

Brown le rechazó alegremente y se fué a pedir al pastor Flypper:

—Y usted, ¿da algo?

—Yo... beberé a su salud.

Mientras todos los viajeros eran despojados de sus joyas "que ya no les servirían para nada",

Smith se sentó junto a Miss Gold, la bellísima dama rubia que aparecía inmóvil y pensativa.

—¡Miss Gold!—le dijo con emoción—. ¿Usted, la reina del music-hall, el ídolo de Broadway, en este tren?

La artista quiso articular unas palabras, pero no pudo emitir más que unos casi imperceptibles sonidos.

—¿Cómo? ¿No habla usted?

Con la hermosa cabeza hizo signos negativos.

—Ah, comprendo! Se quedó usted sin voz...

Ella afirmó, y en sus ojos asomaron unas lágrimas... Y Smith recordó en aquel instante cómo aquella mujer había perdido en una noche su voz, que era antes el encanto del mundo.

—Ya entiendo... Y ahora prefiere usted la muerte a una vida sin gloria, ¿no?

Otra vez ella afirmó y un hondo desconsuelo se apoderó de su alma. Smith se alejó silenciosamente, y por primera vez se reflejó en su semblante un poco de melancolía.

Brown hizo sonar un timbre y todos enmudecieron.

—Ha llegado la hora, señores—dijo—. Al cerrarse esta puerta de acero, quedan ustedes fuera del mundo. Su fin será fulminante, sin dolor. La catástrofe se producirá dentro de algún tiempo. Vean esas doce lámparas; la primera al encenderse dará la proximidad del fin. cada dos minutos después se encenderán las sucesivas. La última anunciará la muerte... ¡Adiós!

Y salió, cerrando tras de él precipitadamente la puerta y dejando sin comunicación alguna con la vida externa a aquellos presuntos suicidas.

A pesar de su deseo de morir, todos experimentaron en aquel instante un cierto temor, una mezcla de instintivo miedo. Entonces se dieron cuenta por el ligerísimo ruido de la máquina de que marchaban... ¡Ah!, ¿hacia dónde iban? ¿Cuándo morirían? ¿Tardaría mucho en producirse el trágico fin que aguardaban con ansia?

—Partir es morir un poco—sentenció el pastor, a tiempo que bebió una nueva copa de champagne.

—No... Mucho—dijo Fergusson.

—¡Ya lo creo!

—Ahora del todo.

—¡O nada!—intervino Smith.

—¿Cómo nada?—protestó John Sparks, el joven de las muletas... Nuestra muerte es cierta. Cuando la primera lámpara se encienda, y dos minutos después la segunda, a la duodécima...

Y se estremeció, mientras el pastor sentenciaba profundamente:

—La duodécima anunciará la muerte.

El clown enano se echó a reír con una risa intempestiva en aquel momento terrible.

—¿De qué te ríes, animal?—le dijo Fergusson.

—Se me ha ocurrido pensar en que la última bombilla estuviese fundida.

No les hizo demasiada gracia el chiste a los demás viajeros, con excepción del otro compañero clown, que también rió estrepitosamente.

El pastor Flypper les impuso silencio con un gesto augusto y terrible.

—¡Estúpidos! ¡Idiotas! ¡Payasos!... ¡Aquí pagamos por morir y no para escuchar vuestras gansadas! ¡Máquinas de hacer reír!...

Nadie habló durante largo rato, fijos todos los ojos en la rueda de las doce bombillas, cuya última luz iba a señalar el momento preciso de la muerte.

* * *

John Sparks estableció comunicación con la radio.

—¡Qué gran invento la radio!—murmuró—. La música que hace olvidar!

Y mientras se oían en el vagón los acordes de una música alegre, el pobre joven pensaba en la tragedia de su vida que le había llevado al afán de morir, desilusionado y fatigado de todo. Había ido a la guerra; en ella fué herido y ya siempre sus piernas no pudieron valerse por sí mismas. Al regresar a su país, sólo el recuerdo de la esposa era su único anhelo... Se presentó un día en su casa... y ella, la amada, la soñada, la recordada siempre, estaba con otro hombre.

Huyó lejos, espantado de sí mismo, horrorizado de la humanidad. Había ido vegetando, inválido, sin otra vida que la de los recuerdos. Asqueado y harto de vivir, sin cariño, había decidido morir.

—¡Si pudiera olvidar! —murmuraba.

La esposa del señor Crackett, el rey del estan, murmuró al oído de éste:

—¡Oh, Joe, si pudiéramos olvidar!

—Cállate!

Smith había recogido, siempre avizor, la conversación, y preguntó a la dama:

—¿Malos recuerdos, señora?

—Acaso, pero cada uno tiene sus secretos...

—Es verdad —dijo Miss Lily Bonzo, la dueña del perrito de Greta Garbo—. A todos nos molestan nuestros recuerdos...

—¿Tiene usted muchos?

—Los bastantes para estar cansada de la vida.

Y cerró los ojos y ante ella pasó el panorama de su vivir absurdo. Lily Bonzo había sido toda su vida un cortesana. Habían pasado por sus brazos muchos hombres, pero ninguno le había dado verdadero amor. Y cansada de desengaños, carente de un verdadero amor con que mirar tranquila los años de madurez, optaba por comprar billete para el otro mundo con una muerte original y nueva.

No quiso Smith preguntar, adivinando, sin embargo, nuevas tragedias. Los payasos se habían puesto un poco tristes al oír la música senti-

mental. Eran hermanos. El mayor había quedado viudo. La muerte de la esposa adorada aniquiló su existencia. Ya sólo la quería acabar para ir a reunirse con la amada.

El pequeño no tenía sobre su corazón ningún gran dolor; era un pobre hombre, estúpido, de cortos alcances. Jamás se había separado de su hermano y aunque éste había hecho todo lo posible para que no fuera al tren, no hubo modo de evitarlo. El quería acompañarle donde fuera. Sin él no podría vivir... Y miraba la proximidad de la muerte con una serenidad pasmosa de hombre que no sabe discernir la profundidad del más allá, eternamente insondable...

El señor Crackett jugaba ahora a los dados con su esposa. Los tiraban nerviosamente, de modo frenético.

—Jugar ahora es batir un "record" — dijo Smith—. ¿Suele usted ganar?

—He ganado siempre toda mi vida... Pero ahora he perdido... Y cuando pierdo, pago... ¡Oh, maldita música! — añadió con acento de desesperación.

Y fué al receptor y cambió la onda. Entonces oyó la voz gangosa de un "speaker" que decía:

—Radio San Francisco... El senador Williams es padre de una hermosa niña. El Teatro Palace anuncia un nuevo espectáculo.

—¡Qué ridiculeces! — comentó Crackett—. ¿Y eso es la vida?... Mientras suceden esas cosas en el mundo, nosotros vamos a morir... ¡Bah!

Interrumpió toda comunicación, pero Lily Bonzo protestó:

—¿Por qué interrumpe? Me divierte escuchar. Voy a tocar un poco el gramófono.

Puso un disco de Betty Gold y el vagón se llenó de la voz acariciadora de la gran artista



—He ganado siempre...

de otro tiempo, que la escuchaba ahora con un llanto impresionante.

Fergusson preguntó entretanto a Mary, que no había despegado los labios desde el principio del viaje:

—¿Y no me quiere usted decir cuál es la causa de su determinación?

—Me quedé huérfana muy joven... La vida era tan amarga para mí, que el único dinero que poseía lo he empleado en el billete de este viaje.

—A mí, en cambio, todo me salió demasiado bien... Estoy harto de vivir. Y nada para mí tiene ilusión. Todo lo he vivido... y estoy cansado... Me ha faltado siempre un verdadero amor. ¡Ah, tal vez si a tiempo hubiese encontrado una criatura tan espiritual como usted, no me habría decidido a acabar!... Pero ahora ya todo es demasiado tarde.

Y en aquel instante se oyó un largo silbato y se encendió la primera de las bombillas de la rueda.

Una misteriosa vibración sacudió a todos los viajeros. Quedaron con los ojos fijos, en que brillaba el terror, en aquella luz lúgubre y trágica anunciadora de la más irremediable de las cosas. Sólo resonó la voz del pastor Flypper, que sosteniendo una copa en las manos temblorosas, murmuraba:

—Una estrella brilla en el firmamento, un nuevo licor brilla en la copa. Escuchad la voz de las alturas... ¡Oíd! ¡Lavad vuestras conciencias como se lavan los vasos de la bebida! ¡Arrepentíos!

Aquello tenía algo de escena de Apocalipsis,

y el temblor y la palidez bañaban todas las mulleras.

¡Ah, la muerte! Ya estaba allí, llamando a sus puertas. La habían buscado voluntariamente, pero ahora, al tenerla ya cerca, les asustaba, como si aun la vida, la total o escasa salud que había en sus cuerpos, protestara con brutal energía contra aquel sacrificio inútil, contra aquel bárbaro holocausto a que se habían sometido en un momento de desilusión.

—¡La segunda lámpara!

—¡Vamos a morir!

—¡Esto es horrible!

Ya estaban encendidas dos, ya brillaban con una luz amarilla como la propia muerte... Y el terror estremecía a aquellos pobres seres que creyeron poder ir resignados al fin, y que ahora, al verlo ya cercano e irremediable, reaccionaban, sintiendo amor a la vida a pesar de todas las amarguras y dificultades pasadas en ella.

—¡Esto es un suplicio! — gritó Lily, aterrizada—. ¡Es morir a fuego lento!... ¡Yo no quiero! ¡No quiero!

Y avanzó hacia la pared, comenzando a golpear furiosamente contra el acero que devolvía los ecos con un ruido sordo. Furiosa, comenzó

a insultar a los que tenía cerca, especialmente a Mary, que, exaltada también ante la proximidad de la muerte, le contestó en igual forma, y las dos mujeres sostuvieron una pelea ruda en la que ambas rodaron por el suelo.

Pero la aparición de la tercera lámpara estableció orden entre todos y sintieron ya en su propio ser como si la muerte les arañase con sus zarpas.

—¡La tercera lámpara!

—¡Es espantoso! ¿Cómo vamos a vorir?

—¿Aplastados?

—¿Ahogados?

—¿Abrasados?

—¿Qué importa? — decía el pastor bebiendo nuevos licores.

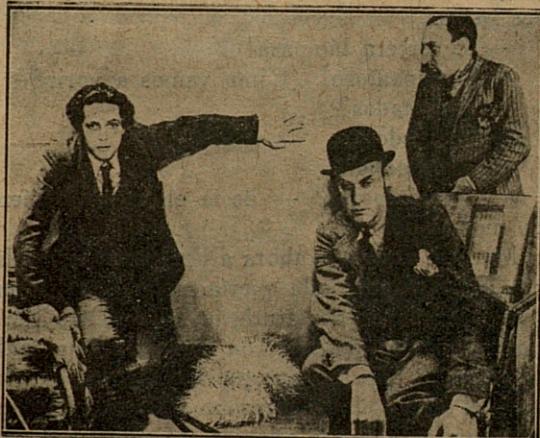
Mary se abrazaba ahora a Fergusson con delirio. No. Tampoco ella quería morir. Y el joven, que por primera vez sentía un verdadero interés por una mujer, deseaba con ahínco la vida, maldiciendo la hora en que tomó billete en el tren para el Infinito... Se abrazaba a Mary, y el contacto ardiente de esa criatura era como una nueva llama de vida que se infiltrase en su ser.

Los dos clowns aparecían aletargados, resignándose a perecer, comprendiendo lo irremediable de su situación, pero lamentando haber obrado con tal ligereza.

John Sparks, el inválido, estaba también como loco. Ahora comprendía que aunque enfermo, siempre era preferible vivir. Y avanzando

penosamente junto a la pared de acero, se dejó caer en un diván y con loca desesperación comenzó a pegar con la muleta en el muro, no consiguiendo más que se rompiera... la muleta.

Y cayó al suelo, dando dolorosos gritos y viendo cómo se iban encendiendo las demás lámparas.



—¡No quiero saber cómo moriré!

—¡No quiero verla acercarse! —decía—. ¡No quiero saber cómo moriré!... ¡No quiero!

También la artista Gold se estremecía de espanto. Sus labios se abrían, pretendiendo modular palabras, hasta que de pronto, a impulsos

del terror, empezó a lanzar extraños sonidos, más fuertes cada vez, hasta convencerse de que había recuperado el prodigioso don de la palabra.

—¡Socorro! ¡Socorro! —gritó—. ¡Mi voz! ¡He recuperado mi voz! ¡Oh, quiero vivir, ahora sí que quiero vivir!...

¡Esfuerzo inútil!... Las puertas no se abrirían hasta que la muerte se hubiese posesionado de todos. Estaban en su seno; eran de otro mundo, con la inexorabilidad de un precepto fatal.

—¡No!... ¡No quiero morir! —decía Ferguson con energía.

Se había quitado su frac y su camisa y golpeaba rudamente las paredes, pretendiendo romper las planchas de acero...

El matrimonio Crackett estaba en un rincón, temblando y con una lividez mortal...

Flypper, completamente borracho, seguía rindiendo culto a Baco, pero por momentos el terror se adueñaba de él.

Sólo Smith conservaba una inalterable serenidad, manteniéndose tranquilo, como si él estuviera exceptuado del castigo de la muerte y no hubiese de ser víctima como los demás del último y definitivo azote.

¡Pobres gentes! Todos habían decidido morir, y al ver cómo la muerte se aproximaba, el anhelo de conservación, el grito de vida que hay en todo ser, se rebelaba ante la idea del fin, de un fin idiota y voluntario. Pero ya era demasiado

tarde; estas dos palabras de amargor que tantas veces, en tantos casos, deben repetirse en la vida. ¡Demasiado tarde!

Seguían encendiéndose las bombillas. La séptima... la octava... la novena... la décima. Y su proyección iba acompañada de un sonido lúgubre, más triste y estremecedor que el aullido del lobo en la sierra.

Jadeantes, sintiendo síntomas imaginarios de asfixia, con los nervios rotos, con aspecto de condenados, gritaban que querían salir, que les abriesen, que estaban bien arrepentidos de ello...

—¿Tenéis miedo? — les decía el pastor.

—Sí... sí...

—Pues yo no. Con el vino no se tiene miedo. ¡Viva la muerte!

—¡Cállese, imbécil! — rugió Sparks. — ¡Queremos vivir! ¡Queremos vivir!

Volvió a avanzar hacia la puerta, arrastrándose como un reptil, pero quiso ir más aprisa e intentó levantarse y volvió a caer, y se levantó de nuevo y vió maravillado cómo conservaba la posición firme y vertical, cómo sus piernas, débiles antes como algodón, resistían endurecidas por la violencia nerviosa del momento.

¡Milagro! ¡Milagro! Podía andar, podía moverse; ya no necesitaba las muletas. El esfuerzo de todo su ser había hecho reaccionar los miembros paralizados. Y se movía. Mas ¿para qué? ¿Para llegar más aprisa al doloroso fin?

¡Oh, ahora que se veía sano, el anhelo de

vivir surgía torrencial y poderoso y maldecía la ocasión en que tomó billete en este tren diabólico!

¡Vivir! ¡Vivir! Y rabiaba de desesperación, viéndose fuerte, repentinamente curado y, sin embargo, sabiendo que le faltaban cuatro minutos para perecer.



Miss Gold se había desvanecido...

Ya sonaba la undécima bombilla... Ya sonaba el lúgubre y funeral silbato de campanada a muerte...

Miss Gold se había desvanecido... Fergusson y Mary se abrazaban con delirio. Los dos clowns

tenían una mueca trágica. El mismo pastor tenía las facciones afiladas, de loco. Miss Lily cerraba los ojos para acostumbrarse a la idea de la sombra...

—¡Queremos vivir! ¡Queremos vivir!

El matrimonio Crackett se contemplaba con mutuo recelo. La mujer gritó de pronto, como loca:

—¿Oís el tren? ¿Oís lo que dicen las ruedas?

—Sí!... Sí!...

—¡Morir! ¡Morir! ¡Oh, Joe!—exclamó, juntando las manos y mirando a su marido—. ¿Por qué asesinamos a Margarita?... ¿Por qué?... ¡Piedad!... ¡Mira! ¡Es ella!... ¡Ella!... ¿No la ves? Nos espera allí.

Y señalaba la rueda fatal, en la que creía ver la figura dulce de una niña de cinco años.

—¡Calla, calla, maldita! — gritaba el esposo. Smith les oía con atención, y preguntó:

—¿De quién hablan ustedes?

—Sí, sí — dijo Crackett en un acceso de sinceridad, con un deseo de descargar su conciencia en la hora irremediable del fin—. Asesinamos a nuestra sobrina... Una pobre niña... Erámos sus tutores... La arrojamos un día desde lo alto de un rascacielos... Fué horrible. La matamos para heredar. Tenía mucho dinero... mucho... No podemos soportar el remordimiento... ¡Piedad, piedad para nosotros!

Su esposa dió un grito de terror, y empuñando una pistola se disparó un tiro en el corazón...

No tenía ánimos para ver llegar la muerte; la había querido buscar para dar paz a su conciencia, pero prefería un suicidio rápido a aquel misterioso acabar que nadie sabía...

Y antes de que Smith pudiera hacer algo, ya Crackett, desesperado también y acuciado por el remordimiento, había arrebatado el arma de su esposa y se había disparado otro tiro en la sien.

En aquel momento se encendió la última bombilla, la que anunciaaba la muerte. Y entonces hubo un griterío infernal, y los brazos se alzaron al cielo en un afán de piedad, de vida, mientras el pastor Flypper salmodiaba:

—¡Arrepentios, hermanos, arrepentíos!

A pesar del movimiento de la máquina, el tren no había salido de la propia estación bautizada pomposamente "Villa Final". Se movían las ruedas impulsadas por un motor, pero sin correr. Daban la sensación del movimiento sin avanzar, sin embargo, un paso.

El señor Brown y el maquinista se hallaban jugando tranquilamente a las cartas, cerca de la vía.

De pronto Brown consultó el reloj y dijo:

—Ya es hora de abrir. Esos cobardes son capaces de morirse de terror.

—No me extrañaría.

—Vayamos a franquear las puertas del paraíso.

El mismo Brown abrió la puerta de acero. Al verle, todos se volvieron contemplándose con emoción, sin poder comprender, pensando acaso que les iba a anunciar el inmediato fin.

Brown paseó por ellos su mirada sonriente. ¡Demonio!... El matrimonio estaba en el suelo como muerto. Los demás parecían moribundos por lo desencajados y lúgubres.

—¡Se acabó el viaje! — les dijo. — ¡Arriba los muertos!... ¡Fuera todos! ¡Es la vida!

—¡Oh! ¿Qué dice? — exclamó miss Gold, yendo a su encuentro y casi desvaneciéndose en sus brazos.

—Sí, que es la vida. ¿No habrá servido de lección?... Pues ya estoy contento. Han tenido ustedes tiempo de pensar en la muerte y ésta les ha horrorizado. Esta es la manera de curar a los suicidas. Darles tiempo a que piensen su acto... Si estuvieran diez minutos aguardando, no realizarían su crimen... ¡A vivir... a marchar todos!

Precipitadamente salieron miss Gold, miss Lily con el perro, los dos clowns; Fergusson y su amiga Mary, que se besaban con ansias de amor; John Sparks, que había recobrado su salud; el propio pastor, que aun llevaba en la mano una botella... Todos echaron a correr a campo traviesa, respirando ávidamente, creyendo que des-

pertaban de un sueño y pareciéndoles baladíes todos los dolores pasados comparados con el dolor de morir, con el espanto de saber la hora cierta de perecer.

Aparecieron el maquinista y otro sujeto a quienes Brown tendió la mano regocijado.

—Ha salido muy bien todo, muchachos... Os habéis portado bien. Swing, eres un gran tramoyista... Bob es el amo de los efectos sonoros. Hemos hecho un bonito negocio.

Bob y Swing sacaron las joyas recogidas a los incautos viajeros. Con ellas y los miles de dólares de los billetes, iban a vivir todos de una manera maravillosa.

—No ha fallado ni un resorte — siguió diciendo el hábil Brown. — Todo lo tenía previsto.

—¡Y yo también! — gritó una voz.

Se volvieron asustados y vieron avanzar al viajero Smith, que llevaba un revólver en la mano.

—¿Eh? ¿Qué significa esto? — dijo Brown, palideciendo.

—Significa que sólo ríe bien quien ríe el último... Yo soy Dick Morton, detective.

—No es verdad. ¡Usted es Smith!

—Te engañé para ir a tu tren. Sabía que te aprovechabas de la desesperación de unos infelices para despojarles de todo, pero te ha fallado la partida. ¡Arriba las manos! ¡Pronto!

Tocó un silbato y aparecieron otros tres inspectores que procedieron a la inmediata detención de Brown y sus cómplices.

—Sabía que todo era truco — continuó diciendo el detective—. Pero te he dejado hacer porque quería la confesión de Crackett, el rey del estafado, que ha declarado su crimen...

—Yo no he hecho mal a nadie— se defendió Brown—. Soy un filántropo, un bienhechor de la humanidad... Gracias a mí esas gentes no se han suicidado.

—Pero para ser un filántropo no debías abusar de esa manera, quitarles las joyas, hacerles pagar una cantidad tan grande... Les has robado.

—No, no... porque...

—No te defiendas ante mí. Eso al Tribunal. Allá te arreglarás como puedas. ¡Llevaoslos!

Dos agentes se llevaron presos a los negociantes de la desesperación. El detective ordenó al policía que quedaba:

—Advierta que traigan una camilla para recoger a esos dos viajeros que se han suicidado.

—¡Pobres! No deben haber podido resistir la emoción de la muerte inevitable.

—No fué sólo eso... Fué su crimen...

—¿Acaso?...

—Sí. Son Joe Crackett y su mujer. Los dos únicos que han llegado a su destino.

—¡Qué lección para estos locos!...

—Y para todos. De seguro que no les quedan ganas de intentar suicidarse otra vez.

Sonriente, el detective, triunfador en toda la línea, se dispuso a abandonar el original vagón de acero...

Al pasar ante la radio, estableció la comunicación. Y oyó distraído, mientras encendía un cigarrillo inglés:

—La depresión se aleja... Vuelve el buen tiempo. Nuestra emisión ha terminado... ¡Buenas tardes, señores!

F I N

EXCLUSIVA DE VENTA PARA ESPAÑA

Sociedad General Española de Librería,
Diarios, Revistas y Publicaciones, S. A.

Barcelona: Barbará, 16.—Madrid: Evaristo San Miguel, 11

Acaban de aparecer, en las selectas
Ediciones Especiales, los grandes
éxitos:

MARIDO Y MUJER

(en español)

por JORGE LEWIS y CONCHITA MONTNEGRO

MATA-HARI

Grandiosa creación de GRETA GARBO,
RAMÓN NOVARRO, LIONEL BARRYMORE,
LEWIS STONE

Ediciones extraordinarias, al precio co-
rriente de 1 peseta.

Esta semana:

CARCELERAS

(primera producción hablada y cantada
en español editada en España)

Recuerde:

CONGORILA

Pida:

CONGORILA

Lea:

CONGORILA

Recomiende:

CONGORILA

Ediciones BISTAGNE publica siempre lo
mejor entre lo mejor.

EDICIONES BISTAGNE

Paseo de la Paz, 10 bis
BARCELONA

Ediciones BISTAGNE

Passaje de la Paz, 10 bis

Teléfono 18551 - BARCELONA
